



Es una verdad universalmente conocida que un hombre soltero dueño de una gran fortuna necesita una esposa.

Sin embargo, por poco que se sepa sobre los sentimientos o intenciones de un soltero con estas características, al llegar por primera vez a un vecindario cualquiera, esta verdad está tan arraigada en la mente de las familias que lo consideran como propiedad legítima de alguna de sus hijas.

—Mi querido señor Bennet —le dijo su esposa un día—, ¿te enteraste de que por fin rentaron la casa de Netherfield?

El señor Bennet respondió que no.

—Pues así es —replicó ella—, la señora Long acaba de venir y me contó todo.

El señor Bennet no dijo nada.

—¿No te interesa saber quién lo rentó? —insistió su esposa, impaciente.

—Tú quieres contármelo, y no tengo inconveniente en escucharte.

Eso fue todo lo que ella necesitaba escuchar.

—Mira, cariño, la señora Long dice que Netherfield lo ha rentado un joven del norte de Inglaterra con una gran fortuna; que vino el lunes en un carruaje tirado por cuatro caballos para ver la propiedad y le gustó tanto que llegó a un acuerdo inmediato con el señor Morris; que tomará posesión antes de la festividad de San Miguel y que algunos de sus sirvientes estarán instalados en la casa para finales de la próxima semana.

—¿Y cómo se llama?

—Bingley.

—¿Es casado o soltero?

—¡Ay, por supuesto que soltero, cariño! ¡Es un joven soltero con una gran fortuna! Cuatro o cinco mil libras al año. ¡Qué maravilla para nuestras hijas!

—¿Cómo por qué? ¿En qué podría afectarles?

—Ay, querido —respondió su esposa—, ¿cómo, de pronto, puedes ser tan fastidioso? Debes saber que estoy pensando en que se case con una de ellas.

—¿Ese es su propósito al venir a vivir aquí?

—¿Propósito? ¡Qué cosas dices! Claro que no. Pero es muy probable que pueda enamorarse de una de ellas, así que tienes que ir a visitarlo en cuanto llegue.

—No entiendo por qué debería hacerlo. Tú y las chicas pueden ir... o podrías mandarlas solas, lo que quizá sea mucho mejor porque, siendo tú tan bella como cualquiera de ellas, puede que al señor Bingley le gustes más que todas.

—Ay, cariño, me halagas. Ciertamente *gocé* de mi belleza, pero ahora no pretendo nada extraordinario. Cuando una mu-

jer tiene cinco hijas adultas, ya no debería estar pensando en su propio atractivo.

—En esos casos, a una mujer no suele sobrarle mucha belleza que considerar.

—Pero, cariño, en serio debes ir a conocer al señor Bingley en cuanto llegue al vecindario.

—No puedo prometerte nada, eso sí te lo aseguro.

—Pero piensa en tus hijas. Imagínate qué buena posición sería para alguna de ellas. Sir William y lady Lucas están decididos a ir, solo por ese motivo, porque normalmente, ya sabes, no acostumbran visitar a los recién llegados. Tienes que ir, porque si tú no lo haces, nosotras no podremos visitarlo antes.

—Eres demasiado estricta con las formalidades. Estoy seguro de que el señor Bingley estará encantado de conocerte, y con gusto le enviaré unas líneas contigo para expresarle mi total aprobación en caso de que quiera casarse con la que elija... aunque debo decir algo a favor de mi pequeña Lizzy.

—¡Te prohíbo que hagas eso! Lizzy no es ni un poco mejor que las demás y estoy segura de que no es ni la mitad de bonita que Jane, ni tan simpática como Lydia. Pero tú siempre le das preferencia.

—Ninguna tiene mucho de qué presumir —respondió él—, todas son tontas e ignorantes como la mayoría de las chicas. Pero Lizzy tiene un poco más de agudeza que sus hermanas.

—Señor Bennet, ¿cómo puedes hablar así de tus propias hijas? Te divierte molestarte. No tienes compasión por mis pobres nervios.

—Te equivocas, querida. Tengo un profundo respeto por tus nervios. Son viejos conocidos. Te he oído hablar de ellos con gran estima por lo menos los últimos 20 años.

—Ay, no tienes idea de lo que sufro.

—Espero que lo superes y vivas para ver llegar al vecindario a muchos jóvenes con cuatro mil libras anuales.

—No nos servirá de nada, aunque vinieran 20, si tú no los visitas.

—Confía en que si llegan 20, los visitaré a todos.

El señor Bennet era una combinación muy peculiar de inteligencia aguda, humor sarcástico, reserva y capricho, y ni siquiera 23 años de matrimonio habían sido suficientes para que su esposa comprendiera su carácter. *Ella*, en cambio, era mucho más fácil de entender. Era una mujer de intelecto limitado, poca instrucción y temperamento inestable. Cuando se sentía insatisfecha, se convencía de que estaba nerviosa. Su principal ocupación en la vida era casar a sus hijas; su único entretenimiento, visitar a la gente y enterarse de novedades.